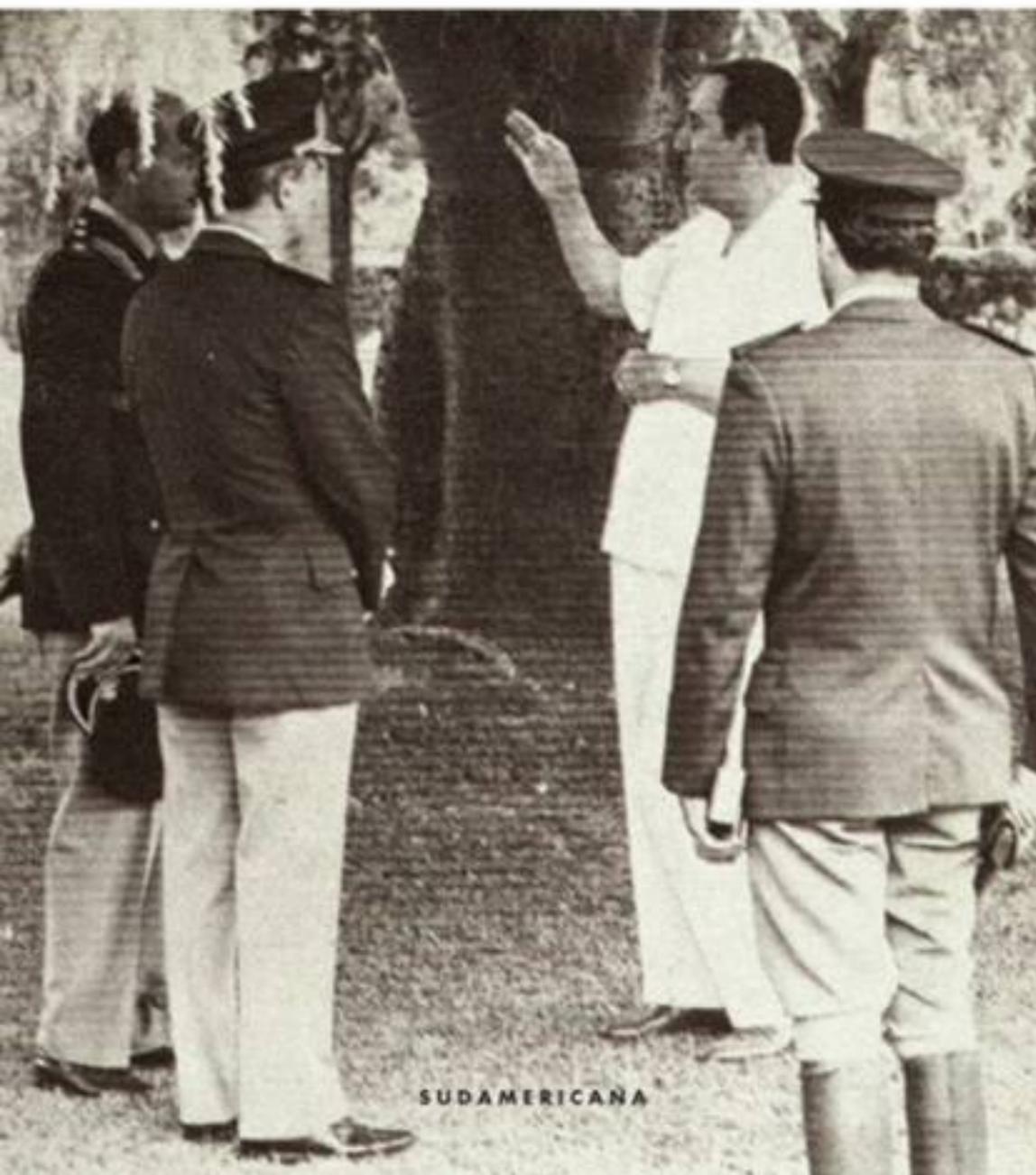

JUAN B. YOFRE

EL ESCARMIENTO

LA OFENSIVA DE PERÓN CONTRA CÁMPORA
Y LOS MONTONEROS, 1973-1974



SUDAMERICANA

Entretejando crónicas y testimonios de la época con un uso admirable de archivos hasta ahora secretos, Juan B. Yofre muestra en este libro a un Perón vital, tan empeñado en unir y pacificar la Argentina como enfurecido por el accionar de los grupos guerrilleros y de sus aliados políticos, especialmente Héctor J. Cámpora.

JUAN B. YOFRE

EL ESCARMIENTO

La ofensiva de Perón contra
Cámpora y los Montoneros,
1973-1974

A LOS LECTORES

¿Por qué los historiadores o los cronistas le han dedicado tan poco espacio a los últimos doce meses de vida de Juan Domingo Perón? ¿Qué misterio encierra este período en la vida del líder político más importante de la Argentina del siglo XX? Justamente, el tiempo en que llegó definitivamente a su país tras muchos años de exilio y, además, cuando accede a su tercer período de gobierno constitucional.

Quizás algunos respondan que no quieren desempolvar los viejos documentos, refrescar la memoria, porque Perón llegó cargado de compromisos. Una suerte de *equenco* que traía entre sus ropas ataduras indescifrables y alianzas difíciles de explicar.

¿Qué político no asume compromisos para llegar o volver al poder? Todos... los que llegan. Pero una vez instalado en el centro de la escena, el político comienza a ejercer el mando con lo que cuenta, con los que quiere y lo siguen, en el momento que vive, dentro de la sociedad que debe conducir.

El Perón que bajó del avión en Morón (y no en Ezeiza) el 20 de junio de 1973 sabe a qué sitio llega. Algunos aseguraron que no tenía una real dimensión del drama en que se sumergía. Muchos me dirán que era un lugar diferente del que tuvo que partir en 1955.

Eso no lo puedo dilucidar yo, lo tiene que decir usted, el lector.

Para anticipar en parte una respuesta digamos que Perón era el mismo: por sobre todas las cosas, un oficial del Ejército Argentino que lo primero que buscó fue volver a vestir el uniforme que le habían quitado. Después levantó la mirada y se encontró con su país en condiciones deplorables, en estado de ebullición y claramente asolado por vientos que no venían ni del sur ni del norte argentino. En esa Argentina de 1973, sumergida en la Guerra Fría, soplaban vientos que mucho tenían que ver con «ideologías foráneas», dispuestas a todo, como le gustaba decir. A éstas les presentó una barrera infranqueable con la ayuda de la ortodoxia. No lo digo yo, lo decía Perón: «Ellos creían que yo era uno de los de ellos pero yo no era uno de ellos, yo era uno de los nuestros», entendiendo por «nuestros» a la ortodoxia, a los peronistas verdaderos.

Luego va a estar el Perón que muchos imaginaron o quisieron imaginar para sus propios fines, propugnando una «patria socialista». Es un Perón inventado. Era «un Perón que no nos gusta», tal como dijo Mario Eduardo Firmenich cuando el líder se mostró tal cual era y comenzó a hablar y a actuar. En gran medida ese es el relato de este libro. *El escarmiento* es la historia del castigo a aquellos que lo desafiaron, incluso con las armas. Hasta su último día intentó encarrilarlos dentro de la sociedad con la ley en la mano. Dentro de las tantas constancias de que no eran peronistas está el «Anexo» del presente libro. Por las condiciones en que fue escrito es duro leerlo, pero está ahí: es parte de la historia y no me es dado cambiarlo.

Del texto de la crónica surge, también, un reconocimiento a Ricardo Balbín, un hombre que en el pasado lo había enfrentado y por ello sufrió la cárcel. Algunos no lo entendieron cuando tuvo que saltar una cerca, en noviembre de 1972, para decirle a su viejo adversario que así no se podía seguir viviendo. No hicieron falta muchas palabras

porque los dos entendieron lo mismo y se abrazaron. Tras ese abrazo se «amigó» gran parte de la sociedad.

Usted va a ser partícipe de algunos de los documentos que Perón leía y que le sirvieron para diseñar sus discursos. También sabrá de sus confesiones íntimas y sus padecimientos.

Este es, además, el recorrido de la construcción de un discurso para combatir a la subversión. Él imaginó que con la ley en la mano podía enfrentarla y hablaba de «aniquilar» y «exterminar». Él era el centro, así había sido durante treinta años. Y al desaparecer él, todo se desató.

En definitiva, con el inédito aporte documental y testimonial que se brinda, ahora el lector podrá, al menos en parte, entender al Perón que bajó en Morón y que por tantos años fue escondido. Nadie —yo en primer lugar— le pide que se haga peronista, sólo que lo entienda.

La «Biblia» castrense: aclaración para el lector

Es sabido que los montoneros daban la impresión de ser militares frustrados. Que hubieran querido pasar bajo el arco de entrada del Colegio Militar de la Nación, en El Palomar, pero no pudieron. Algunos sí se graduaron en los liceos militares de la época. Pero como no eran oficiales en funciones, intentaron imitarlos: se fijaron grados, uniformes, códigos, reglamentos como los de aquellos a quienes combatían. Y como el Ejército Argentino tenía sus códigos y reglamentos y su «Biblia», ellos, los montoneros, también se hicieron la suya en septiembre de 1973. Según los periodistas Norberto Ivancich y Mario Wainfeld^[1], entre agosto y septiembre de 1973, circulaba en los niveles superiores de la organización armada Montoneros un largo documento mimeografiado conocido como la «Biblia» o el «Mamotreto». En otras palabras, ese documento al que pocos han accedido y del que nadie parece tener copia, intentaba con-

solidar, unificar ideológicamente a los cuadros de la «organización política-militar». Más cerca del marxismo que del peronismo clásico u ortodoxo.

Dicen Ivancich y Wainfeld que en su contenido, de lenguaje alambicado, se aceptaba el marxismo como método de análisis pero se lo rechazaba como filosofía política. Más que marxismo, lo poco que se conoce del documento es una mala copia de «castrismo». Esa «Biblia», entonces, parecería contener el pensamiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), la organización «entrista» con la que se fundió públicamente Montoneros el 12 de octubre de 1973, pero con la que ya venía funcionando operativamente desde comienzos de 1971, tal como queda demostrado en *Volver a matar* y registrado en los archivos de la Cámara Federal Penal de la Nación (1971-1973), disuelta por el presidente Héctor J. Cámpora. Ese documento, si se quiere, sería el vademécum de las ideas recibidas en los campos de entrenamiento de la «perla del Caribe» o de intelectuales del «nuevo peronismo», el «revolucionario», que proclamaba la «patria socialista». También, entre los textos de lectura y debate, figuraba *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, de Marta Harnecker, la socióloga chilena que tras su paso por el catolicismo se volcó de lleno en el marxismo-leninismo que irradiaba el proceso castrista. Tal sería su compromiso militante que, además, brindó su apoyo incondicional al gobierno de Salvador Allende Gossens, para terminar en Cuba casándose con Manuel Piñeiro Losada, el conocido «Barbarroja», jefe del Departamento América del Comité Central del Partido Comunista Cubano, desde donde se daban directivas a todos los movimientos guerrilleros de América Latina y África portuguesa. Al enviudar en 1998, Harnecker se trasladó a Venezuela, donde se convirtió en asesora calificada del presidente Hugo Chávez Frías.

Ya en mayo de 1973, es decir antes de la formulación de la «Biblia», el Boletín Interno N° 1 de Montoneros y FAR,

definido como «estratégico» por su conducción, sostenía que «este proyecto de liberación nacional y social define nuestra ideología socialista, en tanto la liberación de la clase obrera y el pueblo peronista supone la destrucción del sistema capitalista dependiente y la construcción de una patria socialista en el marco de la liberación latinoamericana». Si es así, nada nuevo... en nombre de Perón, el trasiego.

En todo caso era la antesala del viaje de Mario Eduardo Firmenich a la Unión Soviética, en septiembre de 1974, llevado de la mano por la Inteligencia cubana. En el periplo se suscitó un inconveniente que fue salvado por hombres de Fidel Castro. Sus documentos falsos eran tan falsos que estuvo a punto de ser detenido en Praga. Falsos hasta el infinito, como la «Biblia». A su vuelta dio una conferencia clandestina en una casa abandonada del barrio de Belgrano donde se reconoció «marxista leninista». ¡Había encontrado su verdad! Verdad que estaba contenida, de manera solapada, en su «Biblia». Lo espantoso no fue eso, sino el haber escondido su adscripción al comunismo a jóvenes seguidores que en su gran mayoría caían en nombre del peronismo. Una estafa sangrienta.

Más originales —sinceros si se quiere—, los militantes del PRT-ERP tuvieron el denominado «mamotreto de Mariano», de doscientas páginas, que fue analizado en el V Congreso partidario, el 30 julio de 1970, cuando se formalizó la fundación del brazo armado del partido, el Ejército Revolucionario del Pueblo. El tal Mariano no fue otro que El Gato u Ojito Benito Jorge Urteaga, que cinco años más tarde murió combatiendo al lado de Roberto Santucho. No fue el único «mamotreto» que produjo el PRT-ERP, pero es uno de los más recordados, por el momento en que se presentó y por quién era el autor.

La «Biblia» del Ejército Argentino era considerada «una situación base o estudios especiales sobre movimientos y organizaciones nacionales e internacionales». Aquello que

los oficiales de Inteligencia hoy calificarían como «actores estratégicos». Otros oficiales del Estado Mayor la denominaban: «Descripción del Ambiente Operacional».

A diferencia de la «Biblia» montonera, se nota que sufrió actualizaciones. Cómo no, si el mundo se alteraba de manera permanente. Se observan postulados «inamovibles» y situaciones «cambiantes» que trascendieron a Perón. Una perspectiva que bien definió Emilio Romero, un íntimo amigo del habitante de la quinta 17 de Octubre de Madrid: «Yo no he cambiado nada. Ha cambiado el tiempo a mi alrededor. Sigo permaneciendo fiel a la media docena de cosas que merecen la pena. Y leal a mi tiempo, que es quien nos muda a todos».

En definitiva, contiene la memoria, el vestigio ideológico con el que el Ejército Argentino enfrentó al terrorismo. Lo cierto es que dichos trabajos conformaron un bibliorato difícil de terminar y de digerir. Tiene 516 páginas, todas con sello «Reservado». El material está dividido en once capítulos.

Los oficiales del «Estado Mayor de Olivos» (los coroneles Jorge Sosa Molina, Carlos Alberto José Corral, Vicente Damasco, su edecán teniente coronel Alfredo Díaz, el teniente coronel Carlos Alberto Ramírez y el mayor Enrique Lugand), y los noveles oficiales del Regimiento de Granaderos a Caballo, que Perón consultaba cotidianamente en Olivos, la conocían. Algunos le hablaron en reiteradas ocasiones de la «Biblia».

En una ocasión, Juan Domingo Perón pidió verla. Cuando se la trajeron exclamó campechanamente: «No m'hijo... cómo voy a leer todo esto, no tengo tiempo». Y la «Biblia» volvió casi sin abrirse. ¿Qué le podía enseñar al viejo teniente general?

Entonces, cuando a lo largo de este libro se haga una referencia a la «Biblia», es bueno saber que se trata de la del Ejército Argentino. La otra, la de Montoneros, aunque

algunos hablen de ella, no aparece. O, por pudor «entrista», no se la quiere mostrar.

CAPÍTULO 1

HÉCTOR JOSÉ CÁMPORA SE ACERCA AL FINAL.

LA BATALLA EN EZEIZA. SE PROFUNDIZA LA BRECHA ENTRE PERÓN Y CÁMPORA ADELANTANDO LA CRISIS. LA MIRADA NORTEAMERICANA

El 20 de junio de 1973 fue el día más corto del año: dos minutos menos que el 19 y el 21, pero transcurrió con una intensidad muy pocas veces vista en la Argentina. Ese día volvía definitivamente a su tierra Juan Domingo Perón y lo esperaba una multitud. Desde hacía casi un mes el país tenía un gobierno constitucional, tras el golpe militar que derrocó a Arturo Umberto Illia en junio de 1966. Regía un sistema democrático y popular. Había, por lo tanto, desaparecido la dictadura, «la causa» por la que las organizaciones armadas de distinto signo crecieron de manera exponencial a partir de 1970. Eso es lo que sostenían. El argumento, desde todo punto de vista, no era sincero. La primera guerrilla —Uturuncos— imitó a la de Cuba y fue creada contra el gobierno de Frondizi en 1959. La segunda con guerrilleros argentinos —como su jefe Jorge Ricardo Masetti Blanco

(a) «Comandante Segundo»—, y asesores cubanos como Horacio Peña Torre (a) «Capitán Hermes» y el futuro general y ministro del Interior Abelardo Colomé Ibarra (a) «Furry» actuó durante las presidencias radicales de Guido e Illia. Vinieron a preparar el terreno para Ernesto «Che» Guevara de la Serna. El Che fue primero a Bolivia, donde fue fusilado el 9 de octubre de 1967. Pero él «no perseguía más que un solo propósito: dirigirse a Buenos Aires, con o sin preparación, recursos y acompañantes», recordó el exencargado de Bolivia para el servicio de inteligencia castro-comunista, Ángel Brager (a) «Lino», a Jorge Castañeda en *La vida en rojo*. El general Nikolai Leonov —la contraparte de Vernon Walters de los Estados Unidos—, quien llegara a vicedirector del Comité de Seguridad del Estado de la Unión Soviética, reconoció el 22 de septiembre de 1998, durante una conferencia brindada en el Centro de Estudios Públicos de Chile, que «Bolivia no era el punto final del “Che” Guevara, sino que era una especie de polígono donde tenía que entrenar a la guerrilla, pero que el objetivo final tendría que ser la Argentina, su país natal, donde había un fuerte movimiento clandestino que se levantaría en el momento de la incursión de las tropas desde afuera». Testimonios al respecto sobran, por lo tanto el «modelo» que las distintas versiones de la guerrilla querían implantar en la Argentina no era ni el Justicialismo, ni la Patria Peronista, la Patria Socialista o alguna otra versión por el estilo. El «gallito bajo el brazo» que tenía cada jefe guerrillero era el modelo cubano o, más exótico aún, el vietnamita.

Desde el 25 de mayo de 1973, la Argentina había entrado en la dimensión desconocida. Como en la serie de televisión, todo alimentaba la sensación de vivir más que un sueño, una pesadilla. No era ciencia ficción: las oficinas públicas asaltadas por verdaderas bandas de facinerosos, funcionarios del propio Cámpora amenazados de muerte si asumían sus cargos, las universidades y los colegios nacionales transformados en la imagen del caos, secuestrados

por el PRT-ERP que permanecían en «cárceles del pueblo», motines en las cárceles, empresarios nacionales y extranjeros que se iban a otra parte, copamiento del aeropuerto de Tucumán. También algunos enfrentamientos con muertos. Nadie lograba poner orden. ¿Cómo hacerlo si la policía atravesaba una etapa de vejación? Se vivía una suerte de «destape» liberador y lo peor era, en ese momento, la penetración subversiva en los estamentos del Estado. Todo al compás de los bombos. Por eso la gran mayoría de la sociedad, paralizada ante los desmanes, esperaba la llegada de Perón como un factor de orden.

Sin embargo había algo flotando en el ambiente que nadie decía en público: entre Perón y Cámpora existía una fisura muy difícil de reparar. Ésta nació antes de llegar Juan Domingo Perón a la Argentina. Quizá, para fijarla en un día, se pueda arriesgar el 25 de mayo de 1973, cuando Héctor J. Cámpora asumió a la Presidencia de la Nación en medio de los más graves desmanes atizados por las organizaciones guerrilleras. Por algo *Le Monde* adelantó el 19 de junio: «Algunos ya mencionan la posibilidad de un reemplazo a breve plazo del presidente Cámpora por el general Perón».

El cable confidencial N° 2543^[2] de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires informó el 19 de junio de 1973 al Departamento de Estado, con pedido de retransmisión a las embajadas en Asunción, Brasilia, La Paz, Santiago de Chile, Montevideo y Madrid, que se esperaban para el día siguiente «grandes multitudes» para recibir a Perón. «Están siendo tomadas ciertas medidas de control para el público», se dice en el punto 1°, a la vez que se adelanta: «Aparentemente Perón será el único orador que hablará en la ceremonia de bienvenida, y se dirigirá directamente a su residencia de Vicente López. Perón y Cámpora, según se espera, regresarán en el mismo vuelo, pero hay dudas, dado que se dice que Perón estaría irritado por la actuación de Cámpora desde el 25 de mayo». El punto 6° del cable expresa el estado de ánimo del líder justicialista: «El vuelo

de regreso seguramente resultará interesante, con Perón y Cárpora en el mismo avión varias horas. Las fuentes peronistas confirman que Perón está bastante irritado con Cárpora por una serie de asuntos, y se lo ha hecho saber en términos nada elusivos. Se supo que la no asistencia de Perón al aeropuerto para recibir a Cárpora, o a las ceremonias en honor de éste, no se debió precisamente a la enfermedad o algo parecido. Los puntos de irritación serían:

- Las fallas en la organización de la multitud que derivaron en los acontecimientos de la noche del 25.
- El apurado indulto que el gobierno debió dar la noche del 25.
- Varios nombramientos de Cárpora. Sobre todo el del ministro del Interior (Esteban) Righi.
- La falla de Cárpora de no actuar más enérgicamente para enfrentar las recientes ocupaciones de escuelas, hospitales y otras instituciones. Las fuentes indican que la brecha entre ambos no es todo lo amplia que se cree, pero por el momento Cárpora no está demasiado cómodo».

Ya en Madrid se hace notable el desdén con el que Perón trata al presidente Cárpora. Benito Llambí, un testigo privilegiado, relató en sus memorias *Medio siglo de política y diplomacia* que el expresidente «estaba por completo al tanto de la situación» en la Argentina. «Era manifiesta la distancia que mantenía con Cárpora, y que éste procuraba acortar por todos los medios. Ni bien llegamos a Madrid, había intentado ir a verlo, y Perón lo había derivado para el día siguiente».

Llambí era jefe de Ceremonial y Protocolo de Estado. No era el cargo al que aspiraba. Se veía con la capacidad y los conocimientos suficientes para ser titular del Palacio San Martín. «De todas maneras, en la concepción "peroniana", era el Chambelán del Rey», observó Rodolfo Iribarne, en

esos tiempos miembro de la Mesa Nacional del Frente Justicialista de Liberación.

Al día siguiente de la llegada a Madrid, Benito y Beatriz Haedo de Llambí fueron invitados a almorzar a la quinta 17 de Octubre. Estuvieron presentes, además del dueño de casa, su esposa Isabel, López Rega y el matrimonio Cámpora. Llambí se sintió incómodo porque «era ostensible la manera en que el general Perón ignoraba a Cámpora [...] la realidad es que la suerte de Cámpora estaba echada. A Perón le bastaron veintitrés días —los que mediaron entre el 20 de junio, día de su regreso, y el 13 de julio, en que renuncia Cámpora— para terminar con la experiencia juvenil de administración». Al descender en la Base Aérea de Morón, «ingresamos a una sala en la que de inmediato se le expuso a Perón el problema de Ezeiza. Sin disimular para nada su fastidio, hizo responsable de toda la situación al ministro del Interior Esteban Righi, a quien retó en términos durísimos delante de todo el mundo», recuerda Llambí. Esta visión es coincidente con la de un alto jefe del Ejército (llegó a general de división), que en esos días estaba cerca del teniente general Raúl Carcagno y escuchó su relato: «Vicente Solano Lima nos llamó a los tres comandantes para pedir asesoramiento acerca de qué hacer frente a lo que sucedía en Ezeiza. Todos coincidimos en que Perón y su comitiva debían descender en Morón. Cuando bajó del avión, tras los cortos saludos protocolares, Perón se reunió con los tres comandantes y nos pidió un cuadro de situación. La reunión se realizó en una oficina que tenía un amplio ventanal y en un momento Perón, observando a Righi detrás de los cristales, me dijo: “Sólo Cámpora pudo nombrar a este pelotudo de ministro del Interior”».

Recuerdos de un periodista^[3]

Armando Rubén Puente se desempeñó como corresponsal de la Agencia France Press en Ma-